

La mala clase.

Un mono se tapa la boca, otro los ojos y el otro los oídos.

Los gritos de la desesperanza no fueron escuchados y si los oyeron fue para buscar paliativos pildorísticos inservibles y burlescos. Los que gobiernan cerraron los ojos para no ver la realidad de lo que estaba pasando, cuidando la seguridad de sus bolsillos y los de sus amigos. Cuando el país es considerado una empresa hay gente que sobra y todos sabemos quienes son. La hediondez de las hacinadas poblaciones no llega a los hogares y no les queda de paso cuando transitan en sus vehículos desde la Moneda o desde el Congreso. Si el olor es fétido cierran ventanas y abren el aire acondicionado y le echan la culpa al escaso caudal del Mapocho. No ven, no oyen y callan.

En el Congreso vimos lo mismo. Unos se silenciaron absteniéndose, calculando la cantidad de votos que había como cartas de una baraja. ¿Por qué no tuvieron la capacidad ética de inhabilitarse? Otros suscribieron sabiendo también que el resultado les favorecía, porque los operadores políticos saben y difunden entre las bancadas el manejo que hay. Entre gitanos no se ven la suerte, pero saben como piensan y si es beneficioso para ellos, mejor aún. De todos los partidos de siempre hubo la misma respuesta.

Una burla para el pueblo el saber no que hay gente que quiera repetirse eternamente el plato y que lo tiene asegurado porque ha armado y sostenido una base sólida de apoyo, sino que existen personas que no saben vivir más que de esto, que desarrollan imágenes y proyectan eficiencia en sus gestiones olvidándose que los años pasan inexorablemente. La política del Siglo XIX terminó hace mucho y la perpetuidad de los apellidos también debería acabar. La rancia aristocracia que ha hecho a este país a su imagen y semejanza va a terminar demoliéndola, porque la gente despertó y yo no les quiere más dirigiendo.

La votación del Congreso sobre la reelección es un escupitajo en la cara al pueblo que ya está cansado, muy cansado de tantas humillaciones.

El panorama no es para nada alentador cuando se han producido, una vez más, una serie de hechos, reconocimientos y regalos que afectan la dignidad de la gente que esperaba más, muchísimo más después de meses de lucha en las calles pidiendo algo de igualdad. Está claro que aún hay muchos que viven en ese otro Chile, que es alimentado por las noticias de la burbuja comunicacional y que no han tenido la necesidad de bajar a observar lo que queda fuera de la cota mil de Santiago. Repito una vez más: Chile no es Las Condes.